

3. El intercesor nunca debe caer en la tentación de constituirse en consejero de Dios, mostrándole el

modo más eficaz de solucionar los problemas. Deja que Dios sea Dios y actúe como Señor de la historia (Rm 11,33-36). Dios no necesita consejeros, sí socios. La intercesión no cambia los planes de Dios; cambia el curso de la historia según los planes de Dios.